ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

¡ECCE-HOMO!

PASILLO CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATÓSES.

Estrenado con aplauso en el Teatro-Salon de Eslava la noche del 5 de Febrero de 1880.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.

1880.

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

¡¡ECCE-HOMO!!

PASILLO CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATÓSES.

Estrenado con aplauso en el Teatro-Salon de Eslava la noche del 5 de Febrero de 1880.

MADRID.

IMPRENTA DE DIEGO VALERO,
calle del Soldado, núm. 4.

1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
ADELINA	SRTA. GENOVÉS.
RUFINA	SRA. BUZON.
D. FRANCISCO	SR. RIQUELME.
GARCÍA	» MONTENEGRO.
PACO	» PEÑA.
JULIAN	» GAMEZ.
PEPE	» MUÑOZ.
BERNABÉ	» BARREAL.

Epoca actual.—Derecha é izquierda, la del espectador.

NOTA.

Los actores pueden hacer los tipos á su antojo, pero conviene al asunto que *D. Francisco* vista con elegancia: gaban ruso con pieles, guantes, sombrero alto, etc., y haga notar un marcado acento catalan.—*García*, gaban de verano con el cuello subido y sombrero de copa viejo, sin caer en la ridiculez.—*Bernabé, Pepe* y *Julian*, modestamente.—*Paco*, de artesano: gorra, chaqueta, etc., llevando en la mano un taleguito, donde se supone lleva su cena.—*Adelina*, con elegancia: guantes, manguito, etc., muy pintada y hablando con acento andaluz.—*Rufina*, con modestia. Es redicha hablando, y recalca mucho las palabras, aunque las dice con viveza.

AL SEÑOR

DON ANTONIO DE LA VEGA.

«Para las ocasiones son los amigos,» mi querido Antonio.

Yo he necesitado de uno cariñoso que me sirviera de padrino y acompañante en este modesto trabajo, y me he acordado de tí por que no puedo olvidar el afecto é interés que por mí y por mis obras has manifestado siempre:

Quizas á esta buena èleccion deba la suerte de haber obtenido los aplausos del público, que integros te ofrezco como testimonio de una amistad inquebrantable.

Tuyo

MAÑUEL.

ACTO ÚNICO

La escena representa el saloncillo de un teatro cualquiera.—Decoracion blanca.—En el foro dos puertas; sobre la de la derecha un letrero que dice: DIRECCIÓN; sobre la de la izquierda otro, en que se lee: GUARDARROPA.—A derecha é izquierda puertas numeradas, que se suponen cuartos de actores. Se supone que en primer término hay un pasillo que por la derecha conduce á la calle y por la izquierda al escenario.—En el centro de la escena, un velador con periódicos y varias sillas de paja, en desórden.—Alrededor y junto á la pared, bancos de gutta-percha.—Entre las dos puertas del foro, un cuadro para anuncios de ensayos, etc.—Luces en la pared, ó colgando del centro, una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN. Se pasea por escena con un papel en la mano, que mira con frecuencia, como estudiándole con interés.—Pausa.—Se detiene y baja al primer término.

JUL. Pues, señor, por más que hago, no puedo retener en la imaginacion estos cuatro versos... ¡Qué pícara memoria la mia!—¡Ah, con memoria, ya ocuparia yo un buen puesto en el arte! Luego, que le dan á uno su papel pelado, sin acotaciones ni nada, leen una sola vez la obra... ¡vaya usted á saber la situacion, ni el tono, ni... ¡quiá!—Despues silban la comedia, y ¿quién carga con la responsabilidad? El infeliz que sale por dos miserables pesetas á hacer un papel de rey.—¿Cómo ha de tener uno

dignidad con ocho reales de sueldo? — Es lo que yo digo: el protagonista, como lleva el peso de la obra y tiene parlamentos largos, si no en una cosa, se luce en otra; pero yo, ¡pobre de mí! ¿qué me he de lucir, si sólo salgo en el acto primero y luego al final á darle la puñalada al otro? — ¡Y lo odioso que es un hombre de bien como yo, amante de sus hijos, tener que sacar el puñal para un hermano, corriendo la misma sangre (¡vamos al decir!) por las venas de ambos!... ¡calla! Ahí viene la víctima...

ESCENA II.

JULIAN. — GARCÍA, entrando de prisa.

JUL. ¡Hola, señor García!

GARC. ¡Buenas noches, Julian!

JUL. Conque ya le tenemos á usted en capilla, ¿no es eso?

GARC. Asi parece. — ¿Sabe usted si se recibió ya el oficio autorizando la representacion?

JUL. Si le he de decir á usted la verdad... no lo sé; pero me parece que no...

GARC. ¿Tambien se retrasa eso?

JUL. ¡Qué quiere usted! Este es el mundo, señor García. ¡Hasta que uno se abre paso! — Aquí me tiene usted á mí...; el año cincuenta y ocho empezé á trabajar con D. Julian — ¡aquello sí que era actor! — El me habia tomado un cariño... ¡como nos llamábamos Julian los dos... y me habia conocido pequeñito... y veia que yo tenia disposicion para el arte...! Pero amigo, las envidias...

GARC. (*Con interés.*) ¡Ya, ya! lo que es en el teatro hay una de mezquindades, de miserias, de rencillas...

JUL. ¡Calle usted, por Dios! Esto es un despotismo

de lo que no hay. A lo mejor sucede que el que manda más es el que ménos sabe; y como tiene la sarten cogida por el mango, al que me pilla lo revienta. El dia que le dan á usted un aplauso... — porque se lo ha ganado usted con sus puños — ¡adios mi dinero! ya no le dejan á usted levantar cabeza, y le dan á uno unos papeles embolados... ¡que ya!

GARC. ¡Pues eso no está bien! ¿Por qué no ha de salir adelante el que tiene mérito para ello?

JUL. ¡Justo!...—¡Vamos á ver! Sea usted franco, señor García: ¿no cree usted que si yo hiciera el papel que le han dado al catalan en la obra de usted, habia de sacar más partido que el que sacará D. Paco?

GARC. (Dudando.) Puede... que sí...

JUL. (Creciendo en animacion) ¡Y ya lo creo que sí! Pues si es lo que yo digo. ¿Usted comprende que un hombre que ha nacido en Cataluña ha de tener el nervio que pide un papel de moro de pura sangre? ¿Qué sabe ese hombre lo que es un abencerraje? — Pero yo, yo que soy de Almagro, para servir á Dios y á usted; yo que me he leido de *pe* á *pa Matilde y Malek-Adel;* yo, que estuve emigrado en Oran por causas políticas... ¡mire usted si sabré manejar el alfanje y ponerme el jaike como debe ponérsele un moro legítimo!

GARC. En fin, yo de todos ustedes necesito y á todos me encomiendo. — Si cada uno pone un poco de su parte, si todos me auxilian y la obra gusta y me animo... ya escribiré otra, y entonces le indicaré á usted para un papel de más importancia...

JUL. En usted confio, señor García; porque — ¡que me falte la luz si no es verdad lo que digo! — el dia que pueda dejar á esta gente y hacerme director de compañía, y coja una buena dama

y me vaya á provincias... ¡qué! ¿no he de sacar yo para vivir con holgura?

GARC. ¿Le dan á usted aquí poco?

JUL. ¡Calle usted por Dios, señor García!—¡Dos pesetas!! ¡Dos miserables pesetas, que sale usted á escena á decir que el coche espera, y ya las ha ganado usted!

GARC. ¡Poco son, en verdad, ocho reales!...

JUL. ¡Y lo que uno tiene que sufrir; porque por ocho reales quieren que uno valga tanto como Latorre!

GARC. ¡Eso es lo que suele suceder! — Al que ménos pagan, es al que más exigen en todas las cosas.

JUL. Mire usted; el otro dia me puso el catalan de bruto que no habia por donde cogerme. — Hacíamos... este drama... ¿cómo se llama?... ¡por vida de mi memoria!

GARC. ¡Es igual!

JUL. En fin, un drama.—Yo salia de palaciego de la época, y despues de decretar el rey la muerte de su hijo (¡una barbaridad!) tenia yo que apoyarle y decir:

«¡Teneis razon, vive el cielo!»

¡Claro! la frase es corta; yo quise estirarla... ¡vamos, no decirla muy de prisa — porque si uno no aprovecha las ocasiones para hacerse notar... ¡ya vé usted! — y dije:

«¡Teneis razon! ¡Sí! ¡vive el cielo!»

¡Jesús, cómo se puso! ¡qué modo de increparme! ¡Que «¡vaya una manera de decir las cosas!» ¡Que «si la situacion era viva!» — Pero, señor, le decia yo, ¡si al fin y al cabo matan al muchacho!... — Diga usted, ¿no tenia yo razon?...

GARC. ¡Bien mirado...!

ESCENA III.

DICHOS.—PACO, que entra pausadamente.—Despues de las primeras frases, alarga la mano á GARCÍA y la estrecha con efusion.—JULIAN vuelve á pasear estudiando su papel y sin interesarse en el diálogo.

PACO. ¡Cabayeros, buenas noches!

JUL. ¡Hola, Paco!

PACO. ¡Calla! ¿Ya tenemos aquí al padre de la criatura?

GARC. ¡Aquí estamos ya!

PACO. ¿Y qué? ¿Hay valor?

GARC. ¡Qué remedio!

PACO. Amigo, todo en este mundo tiene su trabajo... usté en su arte y yo en el mio... cuando le toca á uno...

GARC. ¡Ya lo comprendo!

PACO. Pero ¡no tenga usté cuidao! ¡todos ayudaremos!... (Con aire de proteccion.)

GARC. (Con eso podrá decirse «entre todos la matamos...»)

PACO. Mire usté, á veces el *ésito* de una obra consiste en la cosa más *sinificante*...

GARC. Sí; lo creo.

PACO. Aquí me tiene usté á mí; pues yo, en buena hora lo diga, soy la persona de mejor sombra que se ha visto para estas cosas. —Mire usté, yo he estrenado *El tanto por ciento*, y *El drama nuevo* y *Don Tomás*... y en fin, lo mejor que anda por ahí.

GARC. ¡Cómo! ¿usted los ha estrenado?

PACO. ¡Vamos! ¡que yo he puesto la escena, y ha salido siempre al pelo!

GARC. ¡Ah! ¡Eso es otra cosa!

PACO. ¡No crea usté que en un teatro sobra nadie!

GARC. (No, lo que es á veces...)

PACO. Por cierto que le tenia de preguntar á usté una cosa... — no *ostante* que no vale la pena — *respeto* del *azto* del calabozo.

GARC. ¡Ah, sí! el tercero.

PACO. *Esatamente.* ¿Le pongo al preso un banco de piedra, ó una silla de tijera?

GARC. Hombre... el banco tendrá más propiedad.

PACO. ¡Lo que usté diga! ¡Eso ha de ser á gusto de usté! — La obra para mí tiene un *defeto:* que no puede usté decir en ella: pues, señor, es de tal época. — Moros siempre los ha habido, y hoy mismo los tiene usté. — ¡Digo, me parece que la guerra de Africa, la habrá usté conocido!

GARC. ¡No faltaba más!

PACO. Yo, aunque me esté mal el decirlo, entiendo mucho de esto; ¿no vé usté que ha visto uno tanto y ha tenido roce con personas del arte?

GARC. ¡Naturalmente! ¡Algo se pega!

PACO. Para el primer *azto* le tengo á usté un salon gótico, que da la hora.

GARC. ¿Cómo la hora?

PACO. Que no hay otro en ningun coliseo de Madrid. (A Julian.) ¡Digo, Julian!

JUL. ¿Qué?

PACO. Le estoy diciendo al señor el salon gótico que le pongo en el *azto* primero.

JUL. ¡Ah, sí! ¡Con el que hicimos la *Casa con dos puertas!*

PACO. En fin, amigo, que me intereso yo por usté, y que quiero que salga la obra adelante, y que saldrá... ¡porque Dios quiere!

GARC. Muchas gracias, señor Paco, muchas gracias.

PACO. Conque... ¿se ofrece algo?

GARC. Hombre... ¡si pudiera usted sujetar bien los telones!... ¡Si viera usted qué mal efecto produce desde el público ver un lienzo de pared, que á veces representa un muro de piedra, bailar una habanera como si hubiera terremoto!

PACO. ¡Ese es el boceras del apunte, que ya le tengo dicho que no me toque los foros! Y verá usté cómo un dia se arma aquí una gorda; porque

le dejo de caer el martillo y se queda en el sitio.

GARC. ¡Hombre!

PACO. Sí, señor; porque otro más *esato* que yo para el arte, no ha nacido todavía.—Mire usté cuando hay una obra de esas que hay *tempestá*, se me llevan los demonios; ¡y eso que no es de mi cuerda; y por lo tanto...!—pero al ver que sube el redoblante de la orquesta á hacer los truenos, que parece que tocan á generala como cuando yo era miliciano, y al ver que en vez de un rayo de veras, natural y positivo, me tiran un cohete de esos de verbena... ¡vamos! ¡le digo á usté...!

GARC. ¡No le falta á usted razon!

PACO. En fin... ¡cada uno á lo suyo!...—Conque (Le estrecha la mano.) me alegraré de que eso salga bien... y de que toquen las palmas... y de que haya un alboroto...

GARC. ¡Gracias, señor Paco!

PACO. ¡Adios, Julian!

JUL. (Mirando el papel y declamando afectadamente.)

«Dios os guarde, embajador,
»y á vuestro señor, decid
»cómo os trató mi señor...»

PACO. ¡Ahí, ahí! ¡Duro y á la caeza!

ESCENA IV.

JULIAN, que sigue estudiando.—GARCÍA.

GARC. No sé por qué me temo esta noche un fracaso.—Estoy nervioso, tengo escalofrios.—Aquí todos son á ofrecerle á uno proteccion; pero... ¡qué sé yo! ¡me da mala espina eso de que mi porvenir esté en tantas manos!—¡Qué! ¿no flaqueará nadie? ¿no faltará algo?—Mucha sería mi suerte, si todo saliera bien y esta obra me sacara de apuros y me diera algo de nombre—

¡Ay, infeliz esposa, pobres chiquitines mios, esta noche se juega mi porvenir y el vuestro!

ESCENA V.

DICHOS.—PEPE, á quien se oye tararear antes, entra con desembarazo, sin nàda en la cabeza ó con una gorrita de casa. Trata á García con familiaridad, y al entrar le abraza y sacude.—García permanece indiferente.

PEPE. (Riéndose.) ¡Ay! ¡qué cara tiene la víctima! Amigo, ya está usted en capilla; dentro de pocos momentos...

GARC (Cortando la conversacion.) Pero, hombre, son más de las ocho, y aún no ha venido D. Paco, ni Rufina, ni Adela...

PEPE. ¡Todavía es temprano!—Ahora están entrando los morenos...

GARC. ¿Qué morenos?

PEPE. ¡El público, hombre, el público! ¿no sabe usted que al público se le llama así? ¡Bien, que usted es novato!

GARC. ¿Y yo qué le voy á hacer?

PEPE. ¡Seguramente!—Pero ya se irá usted acostumbrando á esto; ya irá usted aprendiendo los terminachos que usamos por acá, y nuestros usos y costumbres...

GARC ¡A todo se acostumbra uno!

PEPE. Hombre, por cierto que á una escena de usted le he añadido seis ú ocho versos...

GARC. ¡Adios mi dinero!

PEPE. No tenga usted miedo, no; que no me ha salido mal!

GARC. Bueno; pero es que yo creia...

PEPE. ¡Como ustedes no están en todo, y ménos un autor que empieza!... ¿Qué sería de ustedes sin nosotros? ¿Cómo ha de conocer usted la mitad de los efectos escénicos que yo conozco?

GARC. Pero, señor, es que no me explico que alteren lo que yo he escrito sin...

PEPE. Oiga usted, García; todavía va usted á tener que darme las gracias. Le prevengo á usted que de las personas más importantes... ¡quizás la más importante! que hay en un teatro, somos nosotros, los apuntes. Pues ¿quién arregla los ejemplares sino nosotros? ¿Quién acorta los parlamentos cuando un actor está enfermo y quiere hablar poco?

GARC. Señor, ¡qué cosas se ven aquí!

PEPE. ¿Quién suprime escenas las noches que hay prisa? y en fin, ¿quién arregla las obras del teatro antiguo?—Pero ya he dicho que usted es novato.

GARC. Hombre... yo no sé si podré acostumbrarme á ciertos usos; pero eso de quo me metan versos ajenos...

PEPE. Pero usted, ¿qué sabe?

GARC. ¿Quién? ¿yo? ¡nada!

PEPE. (Incomodado.) ¡Pues ya se vé! El parlamento que dice el embajador que viene de Granada en el acto segundo, es corto; y como el galan tiene que ir á su cuarto á ponerse el casco, no le da bastante tiempo... ¡vaya!

GARC. Pero, vamos á ver...

PEPE. ¡Tras de que les hacen á ustedes un favor!...

GARC. Pero ¿por qué no me lo han dicho?

PEPE. (Mirándole descaradamente.) ¿Para qué? ¡Si creerá usted que es la primera obra que arreglo yo?

GARC. (Humildemente.) Bueno; hágame usted el favor de dejármelo ver.

PEPE. (Con desprecio.) ¡Ya lo verá usted luego, que ahora no tengo aquí el ejemplar! (Da media vuelta y le vuelve la espalda.—Se dirije á Julian y le lleva á un banco, donde se ponen á hablar.) ¡Oye, Julian!

GARC. (Cruzándose de brazos.) (Pues señor, ¡bien empieza esto, bien!)

ESCENA VI.

DICHOS. — ADELINA, que entra muy pausadamente y como muy fatigada.

ADEL. ¡Ay, amigo Garsía!

GARC. A los piés de usted, Adela.

ADEL. ¡Jesús!—¡Bien puede usté desir que le apresio!

GARC. Pues ¿y eso?

ADEL. ¡Ay hijo mio, ni estoy para trabajar esta noche, ni mucho ménos pensarlo! ¡Ay! ¡qué vida esta, la de los artistas!

GARC. (¡Esto faltaba!)

ADEL. ¡Yo no sé cómo voy á salir á las tablas esta noche!

GARC. ¡Me alarma usted, caramba! Pues ¿qué sucede?

ADEL. ¡Casi ná! Un disgusto de órdago que he tenido!

GARC. Pero... ¿algo grave?

ADEL. ¡Y tan grave!—Considere usté que le he encontrao á Enrique una mujer en el gaban...

GARC. ¡Cómo! ¿Una mujer en el gaban?

ADEL. ¡Vamos! ¡una carta de otra mujer.. de una tal Josefa! — Y esto es lo que me irrita. ¿Usté comprende que una mujer que se llama Josefa puede inspirar pasion á un hombre medio regular?

GARC. ¡Verdaderamente!—¡Pero eso no vale la pena!.

ADEL. ¡Caye usté por Dios! — ¡Si se ha armado una bronca de dos mil demonios! — Mamá por un lado: «Traidor, seductor, ingrato, que me va usté á matar la hija á pesadumbres»—¡todo eso á él!—Yo, por otro lado, desmayada en el sofá. —¡Yo siempre me desmayo en el sofá! — La criada por otro buscando el éter. — He estado sin conosensia serca de dos horas.

GARC. ¡Por vida de...! Pues es un contratiempo.

ADEL. ¡Ya lo creo! — ¡Mire usté, mire usté! ¡Haga usté el favor de tocarme, hombre! (Le alarga la mano —García la toma el pulso.) ¿Lo vé usté? ner-

viosa; ¡todo el cuerpo me baila!—Si tuviera cascabeles, pareseria una orquesta.

GARC. Sí, un poco agitada; pero eso con un par de tazas de tila...

ADEL. ¡Caye usté, hombre! ¡Si tengo lo ménos veinte pursasiones por segundo!

GARC. (Suplicante.) ¡Por Dios, Adelina! considere usted...

ADEL. ¡Hijo, yo todo lo considero! Si no fuera por el estreno, ¿cree usté que yo hubiera venido al teatro esta noche? ¡Ni más ni ménos!

GARC. En fin, haga usted un esfuerzo...

ADEL. ¡Ya veremos! (Dirigiéndose á Julian, que continúa hablando con Pepe.) ¡Ay Julian, hijo mio, si me hisieras un favor, cuánto te lo agradesería!... (Julian acude apresuradamente, metiéndose su papel en el bolsillo.)

JUL. ¡Pida usted! ¡No faltaba más!

ADEL. ¡Que te asercaras á casa, y que te diera mamá el agua de asahar!

JUL. ¡Ya lo creo! ¡con mucho gusto!—Miéntras me estudiaré el papel por el camino.

ADEL. Anda, hijo. ¡Dios te lo pagará!

JUL. (Acercándose á García y hablándole aparte.) ¿Lo vé usted? ¡Hasta mandadero! ¡Todo por dos miserables pesetas!

(Vase.—Pepe llama á uno de los cuartos laterales; entra y sale inmediatamente; despues va á la *Direccion*, de donde sale despues, etc., etc. Al final de la escena entra y se sienta en una silla junto al velador, y hojea unos papeles, que son los que al final de la obra entrega á García.)

ESCENA VII.

GARCÍA.—ADELINA.

ADEL. (Se ha ido á sentar á una silla, pero se levanta rápidamente y se acerca á García, que se ha quedado á un lado del proscenio meditabundo.) ¡Diga usté... y ahora que me acuerdo; por sierto que convendria que me quitase usté la *ecsena* del desmayo...

GARC. (Interrumpiéndola.) ¡Hija mia, por Dios!

ADEL. ¿No me pué á mí robar el gachó del moro estando en mi juisio?

GARC. ¡No me resulta ya verdad, Adela!

ADEL. ¡Yo lo digo en benefisio de usté más que en el mio!—Hase tambien media hora que he salido de un desmayo en casa: no me voy á desmayar otra ves en las tablas; porque con lo nerviosa que estoy, me saldria de veras, y ya vé usté... ¡un disgusto en mitad de la representasion!

GARC. (Muy afectuosamente.) ¡Pero, amiga mia, si eso es indispensable! (¡Qué paciencia se necesita con esta gente!)

ADEL. ¡Tanto como indispensable no diga usté! — Vamos á ver: ¿por qué se desmaya la mujer? ¿porque resibe la notisia de que le han dao mulé á su amante? — Pues ¿me quiere usté desir qué se perderia con que quitaran á toos los hombres der medio?

GARC. (Reprimiendo su enojo.) No se perderia gran cosa, sobre todo si era yo el primero que quitaban.

ADEL. Pues justito que sí.

GARC. Pero vamos á ver, ¡venga usted acá! (Con conviccion.) ¿No acaba usted de decir que se ha desmayado en casa?

ADEL. ¡Presisamente!—Pues por eso no quiero repetir la *ecsena*.

GARC. (Procurando convencerla.) ¡Bueno!—pues si usted se ha desmayado sólo por haber encontrado en el gaban de su amante una carta de esa señora doña Josefa, ¿me quiere usted decir qué hubiera sucedido si—¡por ejemplo!—le anuncian á usted la muerte de él?

ADEL (Vivamente y con energía.) ¡Pues náa!—¡Viva la grasia!—¡Si yo quiero verlo muerto antes que saber que tiene relasiones con otra!—¡Pues hombre! ¡bonito genio tengo yo! — ¡Si usté no me conose á mí!

GARC. (Encogiéndose de hombros.) ¡Pues no lo entiendo, francamente!

ADEL. ¡Pues ya lo creo que nó! ¿Si creerá usté que estoy *guillá* por ese hombre?

GARC. (¡Una primera dama que dice *guillá!*)

ADEL. Lo que á mí me *hachara*, es que esa Josefa es otra *actris*... digo mal, una *suripanta* del renasimiento, del año 22, la cual hase tiempo que me ha puesto á mí la proa; y como Adelaida Rodrigues no se deja pisar de nadie, para que usté lo sepa...

GARC. (Resueltamente y evitando la conversacion.) En fin, Adelina, ese desmayo, le necesito yo, le necesita la obra, le exige el asunto...

ADEL. (Haciendo una mueca y volviendo la espalda.) Hijo mio, ¡qué esaborío es usté! (¡Estos prinsipiantes!...) (Se dirige al velador del centro y se sienta en una silla.—Pepe entabla conversacion con ella.—García se pasea.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—RUFINA.

RUF. Señores, buenas noches.—¡Ay, creí que llegaba tarde!

PEPE. ¡Hola!

RUF. Adios, amigo García.

GARC. (Que continúa paseándose.) ¡Que las tenga usted muy buenas!

RUF. (A Adela.) ¡Chica, buenas y gordas!

ADEL. (Con indiferencia.) ¡Hasta la tarde!

RUF. ¿Qué es eso? ¿Estás mala?

ADEL. ¿Mala? ¡Una bronca que he tenido con aquel... ¡que yá!

RUF. ¡Vamos! el pan nuestro de cada día!

ADEL. ¡Cá, hija, cá! Ya para siempre.

RUF. ¡No te creo! Mañana ya habeis hecho las paces...

ADEL. (Con desprecio.) ¿Quién? ¿Yo? ¡Tampoco!

RUF. (Dirigiéndose á García.) ¡Ay, amigo García! Yo te-

nia con usted una pretension. ¡Si usted fuera tan bondadoso... tan amable... tan condescendiente...

GARC. Diga usted lo que sea, que si de mí depende...

RUF. (A Pepe y á Adela.) Con permiso.

ADEL. ¡Ustedes lo tienen! (A Pepe.) Va á pedirle que la deje salir descotá, ¡querrá haser una mora de esas que pintan en los abanicos!—¡Todas estas prinsipiantas tienen la vanidad por arrobas!

(Rufina ha llevado á García á un lado del proscenio y le ha hablado con interés.)

GARC. Pero, amiga mia, me pide usted una cosa...

RUF. Ya ve usted, bien mirado la obra no es de primera dama, y el papel que le ha dado usted á Adelina...—¡que por cierto se le echará á usted á perder!

GARC. ¡No diga usted eso!

RUF. ¡Oh, sí! ¡al tiempo! ¡si no sabe hacer más que las características andaluzas! ¡Si no sabe decir *zarza*, ni *cazuela*, ni *cedazo*. . (Remedándola.) *sarsa! casuela! sedaso!*

GARC. Pero bueno...

RUF. ¡Ah, no, no! el papel de ella me corresponde á mí.

GARC. Pero usted comprenderá...

RUF. ¿Que ya tiene ella el papel? ¡Sí señor! paso por eso: no hablemos más.—Muchas veces la yerran ustedes sin saber, sin querer; pero si la dama no tiene un gran papel no se interesa—¡eso ya se sabe!—En cambio una segunda dama, como yo, tiene deseos de lucirse; toma el papel con cariño... ¿entiende usted?—¡Oh! no hubiera usted salido perdiendo, no señor.—Le advierto a usted que yo he sido primera dama en Palencia, solo que á mí me gusta más Madrid. Aquí se aprende más.

GARC. En fin, ¡ya no tiene remedio!

RUF. ¡A eso iba! Sí señor, sí que lo tiene; sobre todo

lo tiene para usted que es persona de talento y de gusto. Ya ve usted; en el teatro hemos de hacer unos por otros. En ninguna parte pega mejor el «Ayúdame y te ayudaré.»

GARC. Pero, en fin, ¿Qué quiere usted que yo haga?

RUF. ¡Poca cosa! ¡Que se meta usted ahí en la Direccion un momento, que coja usted papel y pluma y que en un periquete me alargue usted un poco más, el parlamento del acto segundo.

GARC. Pero, ¿qué he de alargar, alma de Dios? ¡si ya dice usted todo lo que yo concibo que puede y debe usted decir!

RUF. ¡Cualquier cosa! ¡Ya ve usted! un parlamento que no tiene veinte versos, mondo y lirondo, sin un chiste, sin una frase de efecto, ¿qué aplauso quiere usted que yo arranque en veinte versos?

GARC. ¿Y yo qué le voy á hacer? ¡Si el papel de usted no da más de sí! ¡si es secundario por que debe serlo!

RUF. ¡Diga usted que no quiere, vamos! ¿Qué trabajo le costaba á usted hacerme hablar unos minutos más? ¡yo, que soy de condicion tan habladora!

GARC. ¡No lo dudo!

RUF. Luego, señor, hacer el papel un poco más cómico. ¡Crea usted que yo no he nacido para el drama!

GARC. ¡No digo lo contrario! Pero mi drama tampoco ha nacido para ser cómico; si en otra ocasion escribo una comedia (¡Dios me libre de ello!), ya será otra cosa.

RUF. ¡Vaya, pues yo no veo esas dificultades, señor mio! porque cualquier cosa se intercala en ménos que se dice, y despues me lo aprendo yo en ménos que se hace! — Vamos á ver; hoy, por ejemplo, es aniversario de la muerte de Espartero: ¿no cree usted que se recibirian

bien unas decimitas deplorando la pérdida que ha experimentado el partido liberal?

GARC. ¡Vamos, Rufina, vamos, usted no está en su juicio!

RUF. ¡Ah! ¿Qué me va usted á decir? ¿Que no es una pérdida la muerte de Espartero?

GARC. ¡Lo es sin duda alguna!

RUF. ¡Creia!...

GARC. (Volviéndose hácia donde están Adela y Pepe.) Señores, ¿qué dirán ustedes que se le ocurre á Rufina?

ADEL. (A Pepe.) ¿No te lo desia yo?

GARC. ¿Pues no quiere que Zulema recite unos versos á Espartero? (Risas.)

PEPE. ¡Qué atrocidad!

ADEL. (Burlándose.) ¡Pues hombre, póngala usté siquiera unas *peteneras!*

RUF. (Volviéndose rápidamente á donde está Adelina.) ¡Oye, á tí no te dan vela en este entierro!

GARC. (¡Dios mio! ¡Ya llaman á esto entierro!)

ADEL. (Con calma.) Tú... ¡no te subas!

RUF. Me subiré, ó no me subiré.

ADEL. ¡Estimando, prenda!

RUF. ¡Cada una es natural que procure por sí!

ADEL. Pues hija, por eso te ayudo.

GARC. ¡Señoras, por Dios!

RUF. ¡Es que yo no necesito que tú me ayudes!—¡Te haces tú los dos papeles!

ADEL. (Levantándose incomodada.) ¡Eso de haser dos papeles, se queda para tí! (Pepe se rie. García demuestra su disgusto.)

RUF. ¡Y para tí el deshacerlos!

ADEL. Es que yo no soy *actris* de café cantante. ¿lo oyes? que has de saber que yo he salido del Conservatorio.

RUF. (Dando un respingo y remedándola.) ¡No lo habia reparao!

GARC. Pero, señoras, ¿á qué viene esto?

ADEL. ¡Mira, déjame en pas, que no tengo gana de jaleo!

RUF. Pues híja, entonces, ¿por qué no cierras el pico?

ESCENA IX.

DICHOS.—DON FRANCISCO.

FRAN. ¿Qué es esto? ¡vamos á ver! ¿Ya la tenemos armada? (La presencia de D. Francisco restablece la calma.—Pepe se mete en la *Direccion* escondiéndose.—Adela se sienta á un lado.—Rufina al otro.)

RUF. ¡Yo, no! ¡Esa!

GARC. ¡Si todo ello no vale nada!

FRAN. (Sin hacer caso de García.) ¡Si ya lo tengo dicho sincuenta veses! ¡Las noches de estreno, no debian pisar el teatro los autores!

GARC ¡Oiga usted! ¡me parece...!

FRAN. ¡Sí señor, que no hasen ustedes sino embolicar las cosas! Sino que ustedes se creen que aquí nos vamos á comer la obra, ó á llevarnos á casa los laureles.—¡Aquí ya estamos hartos de aplausos!

GARC. (Con resignacion.) Pero, señor, ¿quién ha dicho nada?

FRAN. ¡Yo me basto y me sobro para dirigir las obras, y no nesesito la intervension de nadie! que me parese, me parese, que dies años de primer actor y director, no son dos semanas...

GARC. Pero, don Francisco, se incomoda usted sin razon.

FRAN. ¡Vaya, bueno, bueno! ¡ménos conversasion!—¡A ver! ¡Pepe!

GARC. (¡Señor, cómo es posible que haya tanta gente que se dedique á escribir para el teatro!)

FRAN. ¡Qué, no está Pepé!—¡Pepe! ¡Pepe!

PEPE. (Que sale corriendo de la Direccion.) ¿Qué manda usted, don Francisco?

FRAN. ¿Han traido ya la real órden?

PEPE. ¿Qué real órden?

FRAN. ¡El ofisio del menisterio!

PEPE. ¡Creo que no! Manuel fué á buscarla esta mañana; pero me parece...

FRAN. Ahora sólo falta que no la den. — ¡Estos escritores que no los conose nadie más que su familia!...—¡Garsía! ¿A quién se le ocurre meterse á poeta llamándose Garsía, como se llama mi sereno?

GARC. (¡Sin duda que el ilustre García Gutierrez no se llama Garcia!—¡Paciencia, señor, paciencia!)

PEPE. Manuel ya no debe tardar.

FRAN. Y el guardarropa, ¿ha traido los moros?—¡Bernabé! ¡Bernabé!

ESCENA X.

DICHOS.—BERNABÉ, que sale muy pausadamente del guardarropa.

BERN. Los moros vendrán ahora.

FRAN. ¡Ya debian estar aquí!

BERN. ¡Pues poquito jaleo que ha armado la tal comedia!—Han tenido que estar cosiendo toda la noche mi mujer y mi hija.

FRAN. Pues usté tiene obligasion, por contrata, de traer todos los moros que se le pidan.

BERN. (Con descaro.) ¡Claro! Y si piden á Tánger con Muley-Abbas, traerlo tambien.

FRAN. ¡Pues ya lo creo!

BERN. Pero, señor. ¿y qué culpa tengo yo de que al autor se le antoje traer al rey moro con tanta escolta como si fuera el capitan general?

FRAN. ¡Hombre! ¡En aquellos tiempos!...

BERN. Bastante siento que he tenido que deshacer los trages de los templarios de la mágia para hacer capas moras.

FRAN. ¡Vamos! ¿Con los templarios hemos hecho los moros? ¡Bien, hombre, bien!

BERN. ¡Toma! Estropeando la tela que me ha costado buenos cuartos, que es madapolan de primera

FRAN. Pero, en fin, aún no han venido. ¡Estamos lusidos!—¡Todo por tener yo este carácter pasífico!

GARC. (¡Qué suplicio, señor, qué suplicio!)

BERN. ¡Ah! y advierto que el chico que hace el perro no puede venir, porque se ha muerto su padre y no es natural que ladre en tan tristes momentos.

FRAN. ¡Otra te pego! Y ahora, ¿quién va á ladrar?

GARC. (¡Eso ya lo haces tú á las mil maravillas!)

FRAN. ¡Diga usté, Garsía! ¿No podríamos dejar el perro?

GARC. (De mal humor.) ¡Déjele usted!

FRAN. ¡Oh! ¡y no estará mal, no! porque yo no sé si en tiempo de los árabes habia perros.

GARC. ¡No señor: los perros los inventaron el año 68!

FRAN. Hombre, Bernabé, á ver si encuentra usté á Manuel y traen esa autorisasion (Vase Bernabé.) —¡Ahora que me acuerdo! (A García.) ¡Si se me olvidaba lo más esensial! ¿Ha hablado usté con el representante?

GARC. ¡No señor! ¿Para qué?

FRAN. Pues, para ajustar la cuestion de derechos...

GARC. ¡Cómo ajustar! ¿Pues qué, eso se ajusta?

FRAN. ¡Hombre, me hase usté á mí grasia! ¿Si querrá usté cobrar como cobra un autor de reputasion?

GARC. Señor mio: ¡yo quiero cobrar lo que cobra todo el mundo! ¿Acaso cuando se presenta un autor por primera vez hacen ustedes rebaja en las localidades?

FRAN. ¡No faltaba más!—Pero es que el público viene por nosotros, que ya estamos en las primeras filas avansadas del arte.

RUF. No; lo que es en eso, no tiene usted razon, García.

GARC. Lo que yo quiero saber, señora, es en qué ocasion la tengo.

FRAN. Pero bien, supongamos que silban la obra.

GARC. ¿Y qué mayor desgracia quiere usted para mí?

FRAN. ¿De manera que una obra que la meten en el foso, va á cobrar tanto como la que va al sielo?

GARC. ¡Naturalmente! ¡Como usted cobra lo mismo el dia que le aplauden que el dia que le silban!

FRANC. ¡Oh! no, poquito á poco, señor Garsia. ¡Le advierto á usté que á mí no me han silbado nunca!

GARC. ¡Yo que sé!

FRANC. ¡Oh! es que téngalo usted muy presente; por que á veses la obra que aquí resiben con bien en Guadalajara la resiben con mal.

GARC. Lo que es eso...

FRANC. ¡Oh! A mí me han silbado *El Hombre del mundo* en Saragosa.

GARC. ¡Toma! ¡A usted!

FRANC. ¡Nó! ¡A mí nó! ¡Al autor!

GARC. (Resueltamente.) En resúmen: yo quiero cobrar lo que cobra cualquiera.

FRANC. (Afablemente.) Haga usted otra cosa: ¡véndame usted el drama!

GARC. ¿A usted? Pues qué, ¿compra nsted obras dramáticas?

FRANC. ¡Oh, sí señor! ¿Qué tiene eso de particular? Eso es el negosio del arte ¿Porque yo sea artista no puedo ser negosiante?

GARC. (¡Oh, Talía!) (Con resignacion.) ¿Y en cuánto me compra usted la obra?

FRANC. A dies reales cada essena descontando los monólogos.

GARC. (Asombrado,) ¡Qué barbaridad!

FRANC. Pues, hombre, aquí viene un muchacho que es de estos que escriben los folletines y me traduse todas las comedias que quiero á tres duros el acto.

GARC. ¡Es que lo mio no es traducido!

FRANC. ¡Por eso lo pago más!

PEPE. Y luego la ventaja de que vea usted su nombre en el cartel en cada provincia; por que donde vaya don Paco, allí la hará.

GARC. ¿Aunque no resulte buena?

PEPE. ¡Ya lo creo!

FRANC ¿No ha de resultar buena hasiéndola yo?

GARC. Pero vamos á ver, ¿sucede esto en todas partes? ¿Tratan así al autor en todos los teatros?

FRANC. ¿Y porqué no lo ha llevado usted á otro coliseo? ¿Cree usted que una notabilidad en el arte hase la obra del primero que llega?

PEPE. ¡Ay amigo, eso no!—Yo sé de uno que tiene una comedla presentada hace dos años...

RUF. No, lo que es en eso no tiene usted razon señor García.

FRANC. Aquí tambien somos notabilidades cuando queremos.

PEPE. ¡Que traigan buenas comedias...!

GARC. Pues podian ustedes ser notabilidades todos los dias; porque con eso nada se pierde.

FRANC. En fin, ¿usted me vende la obra?

GARC. No, hombre, no. ¿Voy á venderle á usted la obra como si fueran peras? ¿Acaso el escribir comedias es lo mismo que coser camisas para la tropa?

FRANC. Pero es qne usted se ha enamorado de su obra sin motivo.

PEPE. No; lo que es el acto segundo, convengamos en que acaba de una manera fuerte...

RUF. ¿Y el parlamento mio, señores? ¡Veinte versos que se dicen en menos que se santigua uno!

GARC. (A Rufina.) Pues leále usted al público *la Galatea* y tendrá usted para rato!

ADEL. (Levantándose y aproximándose á los otros.) ¿Y qué me disen ustedes de mi desmayo? ¡Un hombre que cree que para robar á una mujer ha de estar desmayada! ¿Dónde se ha v.sto eso!

GARC. Pero señora, ¡si vendrá usted ahora á enseñarme..!

ADEL. ¿Porqué no copian ustés del natural como nosotros?

PEPE. Y lo apurado qne está el pobre Bernabé con los moros.

FRANC. ¡Y el padre del perro de cuerpo presente!

ADEL. No; pues con lo nerviosa que yo estoy...

GARC. ¿Y qué culpa tengo yo de los nervios de usted?

FRANC. ¡Escriben ustedes de cualquier manera!

GARC. Pero bueno; si la obra es tan mala ¿porqué la han aceptado?

FRANC. Por haserle á usté un favor...

GARC. (Sarcásticamente.) ¡Gracias...! ¡Gracias...!

FRANC. Por proteger el arte... Por que ahora dá dinero eso de desir que se ha presentado un jóven de trese años con una obra portentosa.

GARC. ¡Es que yo tengo más de treinta!

FRANC. Es que nosotros diremos que nasió usted el año de la revolusion.

GARC. (Señor, á arrancar piedras me voy á dedicar y ¡vaya el arte, y vaya el teatro...!)

FRANC. Por que á todos ustedes les siega la pasion.

GARC. ¡Claro! Y ustedes lo ven todo con lucidez...

FRANC. Sí señor, porque estamos *desempasionados.*

GARC. ¡Echa patas de demonio! *¡Desempasionados!*

FRANC. ¡Vamos, Garsía, vamos! ¡no me haga usted hablar!... ¡no me haga usted hablar..!

PEPE. No, la verdad es que la obra...

GARC. Hombre, ¡déjeme usted en paz...! (A Francisco.) ¡Hable usted! ¡Hable usted lo que quiera!

FRANC. ¡Vaya! ¿Qué apostamos á que le saco á usté faltas de gramática?

GARC. ¿Usted? ¿Sacar usted faltas gramaticales?

FRANC. Yo, sí señor; ¿por que soy catalán? ¡pues en essena no se ma conose!

GARC. ¡Vamos, señor!

FRANC. ¡Vaya! ¿no dise usted en el acto tersero:

«¡Ira de Dios! Si don Juan
no llega á quedar difunto
mañana á la una en punto...?»

GARC. ¡Bien! ¿Y qué?

FRANC. ¿Qué?—¿Comprende usted que por mucha coragina que tenga un moro puede segarse hasta desir «la una en punto»? —¡Diga usté que á veses los consonantes... hasen desir cosas...!

GARC. Pero señor, ¿dónde está la falta?

FRANC. ¿Pues no ve usté que *la una es famanino* y que debia desir

«mañana á la una en punta?»

(Grandes risotadas.—García demuestra su indignacion.—Todos aplauden la idea de Francisco.)

GARC. ¡Qué atrocidad!

ADEL. ¡Ay, qué gracia!

RUF. ¡Tiene razon don Francisco!

PEPE. ¡La una en punta! ¡es verdad!

GARC. (Incomodado.) En fin, señores, ¡asunto concluido! ¡Venga mi obra, y en paz!

FRAN. ¿Qué es eso, señor Garsía? ¿Se incomoda usté?

GARC. ¡Sí señor, ¡me incomodo! y antes de que estalle la indignacion que no sé cómo contengo...

RUF. No; en eso no tiene usted razon, García.

GARC. ¡Vaya, déjeme usted en paz, señorita! ¡Venga mi obra!

FRAN. ¡No puede ser!

GARC. ¿Cómo que no? ¿No es mia? ¿no mando yo en ella?

FRAN. ¡No señor! ¡y aquí no se nos venga usté con fueros! Pues hombre, ¡ni que fuera usté Calderon!

GARC. ¡Ea! ¡venga mi obra!

FRAN. Le digo á usté que no puede ser. La obra está anunsiada en el cartel, en el despacho se ha vendido todo, y como cuestion de órden público reclamaré el ausilio de la fuersa armada para defender el drama.

GARC. ¡Ahora sólo falta que me fusilen! (Con resignacion forzada y mirando al cielo.) ¡ECCE-HOMO!

FRAN. ¡Pues hombre, ¡no faltaba más!

GARC. ¿De modo que yo no puedo apelar á ninguna ley para defender mi propiedad?

FRAN. No señor; desde el momento en que es original de usté, ya no es de su propiedad. (Risas generales.)

GARC. ¡Brava teoría!

RUF. No, en eso no tiene usted razon, García.

PEPE. ¡Nada, nada! ¡Es preciso que le silben á usted, y le silbarán!

GARC. (A Pepe.) ¡Hombre! ¡Ya me está usté á mí cargando!...

PEPE. ¡Oiga usted! ¡A mí no me levante usted el gallo! ¡Yo valgo tanto como el primer autor nacido!

FRAN. ¡Vamos, señores, vamos!

ESCENA XI.

DICHOS.—PACO, con un bote grande de pintura y una brocha.

PACO. ¡Aquí está esto, don Francisco!

FRAN. ¿Y qué es eso?

PACO. ¡Pa pintar de negro los moros!

FRAN. ¿Y los vamos á pintar al *ólio?*

PACO. ¡Toma! Así, si la obra dura mucho, ya están pintaos pa toda la temporá.

FRAN. ¡Hombre!...

PACO. ¿Pues no me dijo usted que habia que pintarlos?

FRAN. ¡Vamos, hombre, vamos!

ESCENA XII.

DICHOS.—BERNABÉ, que llega corriendo, todo pálido y jadeante, con un pliego en la mano.

BERN. ¡Ay, señor don Paco!

FRAN. ¿Qné es eso?

BERN Al pobre Julian...

FRAN. ¿Qué? ¿qué le ha pasado?

BERN. ¡Que le han llevado á la casa de socorro!

TODOS. ¿Y eso? (Interés.—Todos escuchan.)

FRAN. ¿Por qué?

BERN. Se ha pegado con uno en la calle. Habia ido á no sé qué recado.

ADEL. A mi casa por agua de asahar, que estoy nerviosa.

BERN. (Con viveza.) Iba, pues, por la calle estudiando su papel, y tropezó con un hombre todo callos.—Y si «usted no vé;» y sí «usted no mira;» y «si hago» y «si no hago...» que el otro pegó un empellon á Julian. — «¡ Miserable ! — dijo este — que atropella usté á un artista.» — «¿Sí? ¡pues toma!» levantó el otro el palo y me le ha abierto un boquete...

FRAN. ¡Por vida de...! (Dando una patada en el suelo.)

ADEL. ¡Bueno! ¿Y mi agua de asahar? ¿qué tomo yo si me da el ataque?

GARC. Entonces el drama no podrá representarse; falta uno de los actores: por lo tanto, venga mi obra.

FRAN. ¡Ya le he dicho á usté que no, hombre! — Tú, Bernabé, vístete para haser el papel de Julian.

BERN. (Acercándose á Garcia y con aire de proteccion.) ¡Yo le sacaré á usté adelante la obra!

GARC. (¡Así revientes tú, y toda tu casta!)

PACO. ¡A ver qué moros pinto yo, que luego no se van á secar!

BERN. (Volviendo.) ¡Ah! ¡ya se me olvidaba! ¡el oficio del gobernador!

FRAN. ¡Ea! ¡Pues ya no falta nada! ¡Todo el mundo á vestirse! ¡Que ensiendan la essena! ¡Que toque la sinfonía! (Todos se disponen á marchar cada uno á su cuarto, y vuelven al oir la exclamacion de Francisco.)

GARC. (¡Vamos! ¡Hay que llegar hasta el calvario! ¡Al fin le crucifican!)

FRAN. (Asombrado al leer el oficio.) ¡A ver! ¡A ver! ¡Santo sielo!

GARC. ¿Qué pasa?

FRAN. ¡Que niegan el permiso!

GARC. ¡Oh! ¡Bendito sea el señor gobernador de la provincia!

FRAN. (Leyendo) «No se puede representar si no se su-

»prime el personaje llamado don Juan, pues la »frecuensia con que se repite ese nombre puede »dar ocasion á protestas, por encerrar alusio»nes personales y directas al muy reputado »Don Juan Tenorio, hijo del señor Zorrilla.»

PEPE. ¡Pero eso es una equivocacion!

GARC. ¡Oh, feliz equivocacion!

BERN. ¿De modo que ya no nos vestimos?

RUF. ¿Y qué hacemos?

PEPE. ¡El teatro está de bote en bote!

ADEL. ¡Yo me voy á casa, porque estoy nerviosa!

RUF. ¡Yo no estoy preparada para nada!

ADEL. ¡Ni yo!

PEPE. ¡Ni yo!

BERN. ¡Ni yo!

FRAN. (Imponiéndose.) ¡Silensio! — ¡Bernabé! Anunsia al público que en ves de *La vengansa del moro* se hase por indisposision *El desden.*—(¡Con eso no pagaré derechos!)

GARC. (Demostrando su alegría y gritando.) ¡Mi obra, mi obra! ¡que me parece que esto se me cae encima!

FRAN. ¡Pepe! ¡Dale al señor su obra! (Pepe da á García un rollo de papeles.)

GARC. (Mirando al cielo.) ¡Gracias, Señor, gracias! ¡Primero que yo ponga los piés en un teatro!...

FRAN. (Cogiendo á García de un brazo y llevándole á la fuerza al proscenio.)

Pero hombre. ¡venga usté acá!
¡no sea usté cabeson!
¡Si tiene usté ó no rason,
el público lo dirá!...

(Transicion.—Soltando á García y dirjgiéndose al público.)

¡Aunque no! Mejor será
que este se vea aplaudido;
otro autor hay escondido (Al bastidor.)
que vuestra bondad espera,
y si aplaudís al de afuera (A García.)
se dará por aludido.

CAE EL TELON.

A LOS DEL GREMIO

Más quiero pecar de minucioso que pasar por agresivo; por eso creo conveniente advertir aquí que ni en el asunto ni en los personajes de este modesto pasillo, hay alusion alguna á persona ni suceso determinados.

Los señores actores (á quienes debo muchas deferencias) saben mejor que yo, porque son más expertos, que los tipos que se exhiben en las tablas han de ser muy acentuados, para que el público los comprenda sin necesidad de dibujarlos detenidamente. Esto es lo que me ha obligado á presentar, en vez de personajes reales, caricaturas, que nadie puede sériamente utilizar para establecer comparaciones.

Mi deseo de no herir susceptibilidades, me ha dictado esta espontánea declaracion.

M. Matoses.

El autor se complace en ofrecer aquí el testimonio de su profunda gratitud á los actores que han tomado parte en la representacion de esta obra.

La ejecucion ha merecido los elogios de la prensa. Yo les debo la mayor parte del éxito, y es justo que lo haga constar así.

M.

OBRAS DEL AUTOR.

¡SIN COCINERA!—Juguete cómico en un acto.

¡UNA PRUEBA!—Idem, id., id.

A PRIMERA SANGRE.—Pasillo cómico en un acto.

NI TANTO, NI TAN CALVO...—Juguete cómico en un acto.

EL NÚMERO 107.—Idem, id., id. (escrito sobre el pensamiento de una obra francesa.)

SIN DOLOR.—Pasillo cómico en un acto.

A DIEZ REALES CON DOS SOPAS.—Idem, id., id.

EL FRAC NUEVO.—Idem, id., id.

EL TÍTIRI-MUNDI.—Revista cómico-política en un acto y en verso (inédita.)

RECLAMACIONES Y BOMBOS.—Sainete en un acto (en verso.)

¡¡ECCE-HOMO!!—Pasillo cómico en un acto.

ZARAGATA (*fragmentos de la vida de un infeliz*).—Novela cómica; un volúmen en 8.º, 4 rs. en toda España.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías: de la *Viuda é Hijos de Fé*, calle de Carretas; de *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Eduardo Martinez*, calle del Príncipe, 25, y de *D. Victoriano Suarez*, calle de Jacometrezo, 72.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

Sevilla, 14, principal, y en las principales librerías.